

El padre Casimiro

Por: Enrique Buenaventura *

Ni joven, ni viejo, prematuramente calvo. Ni alegre, ni triste, obstinadamente reflexivo, ejercía desde hacía dos años, en aquella parroquia encaramada en la montaña, de la cual huían los muchachos hacia la ciudad y, en la cual se amontonaban cada vez más los viejos y –especialmente– las viejas aún de pañolón negro y cara blanca, pues en la región eran escasos indios y negros. La iglesia era un viejo caserón de dos aguas y una torre mudéjar que quedó quién sabe de cual siglo y en el altar mayor y único había un cristo sangrante, de tamaño casi natural, con pelo de verdad, taparrabo de terciopelo viejo y una piel de laca transparente que dejaba ver venas azules y músculos y huesos. Alguien una vez le dijo que era de Caspicara y el nombre le quedó sonando y lo repetía ante los escasísimos visitantes.

Papas producía el pueblo, papas que bajaban en mulas por los peñascos hasta la carretera. Él mismo tenía, detrás de la pequeña casa cural, una huerta con papas, tomates, unas cuantas matas de maíz, amén de cuatro gallinas y un gallo que lo despertaba a las cinco y no cantaba más porque no se regía por el sol.

Aquel domingo, como todos los domingos, subió al púlpito –porque era excelente orador sagrado- pero estaba pálido como un muerto, se colgaba del pasamanos para remontar las escaleras y su calva, como iluminada por dentro, diríase que dejaba ver la calavera, así como los pómulos y las profundas ojeras. Sus manos se agarraron al borde del redondo y pequeño recinto, coronado por una imagen de san Gabriel Arcángel pisando la sierpe alada y retorcida del demonio y, en la parte de abajo, estampas donde se mezclaban Jesús, los apóstoles y unos indios ofreciéndoles piñas, granadillas y papayas, todo lo cual terminaba en una columna salomónica, donde se enroscaba la serpiente tentando a un Adán y a una Eva, más parecidos a los campesinos de la región que a los verdaderos. Los feligreses, viejos en su mayoría, una que otra mujer preñada, pocos niños, peones de pata al suelo y algún señorón o señorona, dueños, todavía, de honras, vidas y haciendas, en sus reclinatorios con sus nombres en letras doradas, no dejaron de notar la debilidad exterior y el fuego interno que consumían, desde hacía algún tiempo, al párroco. Lo atribuyeron –para no alarmarse– a la santidad que todos le reconocían, hasta el punto de

haber firmado una carta escrita por la señora esposa del más encumbrado, ilustrado y poderoso señor de aquellas tierras, carta en la cual se pedía al obispo de la capital de la provincia que solicitara la beatificación en vida del reverendo Casimiro.

Un rato largo, con los nudillos de las manos saliéndose casi de la piel y mirando con las cuencas negrísimas, estuvo el sacerdote antes de comenzar su sermón, ese sermón que crearía una catástrofe y dejaría sin párroco y sin gente al pueblo y, lo peor de todo, al demonio entronizado en la iglesia.

–Vanidad de vanidades y todo es vanidad y aflicción de espíritu–, comenzó diciendo con una voz entrecortada y quejumbrosa. Pero casi inmediatamente y, a partir de un estremecimiento que le salía del alma, gritó:

– ¡Nada de lo que vemos, tocamos, sentimos y oímos es cierto! ¡Todo es mentira! El diablo nos hace creer que este púlpito es púlpito, que yo soy yo, que ustedes son ustedes, que este pueblo es este pueblo, este país este país, y ese Dios que ustedes creen que reposa en el sagrario no es Dios, es el mismo diablo.

La trifulca fue espantosa. Aullaban oraciones las viejas, se revolcaban las preñadas, huyeron los niños y algunos de los peones más forzudos terminaron por subir al púlpito para bajarlo. Cuál no sería la sorpresa de esos peones al constatar que una pluma pesaba más que el padre Casimiro y al sentir que sus callosas manos se juntaban unas con otras, como si solo hubiera aire adentro de la sotana.

En el altar siguió gritando, mientras señalaba la imagen del señor:

–Él no es Él, es el otro; el altar no es el altar, es el catafalco de la realidad; esta iglesia es idéntica a la real, pero fabricada por Satanás; el aire no es el aire, respiramos otra sustancia; el suelo no es el suelo, es un falso andamio sobre el abismo sin fondo; todo es nada y nada es todo. Lo amordazaron, le pusieron una camisa de fuerza improvisada con una sábana y lo encerraron en la sacristía, donde se negó a recibir alimento o agua y sólo movía la cabeza, con los ojos enrojecidos, girando en el fondo de las profundas órbitas.

Lo que la gente no sabía y explicó después, por la televisión, un teólogo, es que la vida de este santo al revés, santo endemoniado, cuya santidad consistía, justamente, en haber dejado, con infinita resignación y sacrificio, que el demonio, en el cual ya nadie creía –para gran perjuicio de la Iglesia, pues sin castigo el pecado se pasea– se manifestara a través de él, convertido en una especie de urna de vidrio, la vida de este siervo de Dios y del otro –caso ejemplar– estuvo signada por su nombre: casi vivo, casi veo, casi oigo, casi muero, casi vengo, casi voy, casi soy, casi no soy, y así, hasta la consumación de

los casis y de los nombres y de los tiempos. Cuando el demonio quiere perder a alguien, comentaron en la parroquia, hace como la avispa guitarrera con la araña polla: gira, volando, una y otra vez encima de ella, mientras la araña chilla: pío, pío, como una gallina clueca que no sabe para dónde coger. Cuando la tiene quieta y erizada, se deja caer en picada y le clava la ponzoña en un punto del cerebro que ella sí sabe, dejándola paralizada. Luego, tranquilamente, pone los huevos entre los pelos y, con el calor de la araña inválida, empollan las larvas. Así el diablo le tocó con una garra al santo Casimiro un punto en la cabeza que él conoce y, entonces, toda la masa redonda se contrae, tiembla como un gusano mojojoi y su dueño, que ya no lo es porque así se lo despoja de la razón, se desorienta, puede elegir, de una manera aparentemente muy sabia, el más peregrino y angustioso camino, o puede desandar lo caminado y negarse a sí mismo. La cosa, sin embargo, no paró allí. La gente empezó a dudar de todo: la tierra no es la tierra, los árboles son apariencias, el agua es sed, hambre la comida, la mujer el diablo, el hombre un Belcebú cualquiera, los niños son sabandijas y aves de rapiña las pobres gallinas. Nada es como parece y lo mejor es salir corriendo, lo cual tuvo, como consecuencia, una romería hacia la ciudad, abandonando muebles, fincas, animales y haciendas.

Trajeron al señor obispo, le quitaron al cadavérico cura la mordaza para confesarlo y ver si se lo podía absolver, pero solo gritó que ese obispo no era obispo sino una dignidad del infierno y tanto dio en sus negaciones aun de las mismas negaciones, que el obispo hizo traer una soga y lo colgó de una viga de la sacristía, pero no se ahogaba porque nada había dentro de la sotana, estaba vacío, puesto que había logrado negarse y él no era él. Lo rellenaron con todos los objetos del culto: copón, custodia, peana, camándulas y luego aserrín y piedras, logrando así que entregara el alma mitad mitad: a Dios lo que es de Dios y lo que es del diablo al demonio. Se hizo correr la bola de que se había ahorcado de desesperación por no hallarse a sí mismo, pero nadie, que se sepa, regresó jamás al pueblo.

* *Enrique Buenaventura* (Cali- Colombia, 1924-2003).